

EL ALBUM.

SEMANARIO DE LITERATURA Y CIENCIAS.

AÑO I.

MURCIA 3 DE NOVIEMBRE DE 1876.

NÚMERO 6.

SUMARIO.

REVISTA, por D. J. M. Tornel.—EL DÍA PRIMERO DE NOVIEMBRE, por D. M. R. Jara.—HACÉLDAMA, (continuación), por D. P. Martínez Palao.—EL SIGLO DE CERVANTES, por D. A. Baquero Almansa.—LA NONA, por D. R. Sánchez Madrigal.—LA ROSA, por D. A. Terrer.—¡TRISTES LAURELES! por D. V. Guirao.—GLOSA, por D. P. J. de Soria.—LAS DOS CORONAS, por D. R. Gil.—MI BILLETE, por D. F. Serrano.

REVISTA LOCAL.

He leído en un periódico de Madrid la siguiente noticia:

«La Academia de la Lengua, teniendo presentes los méritos y servicios del Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, ha acordado por unanimidad, en vista de sus habituales achaques, tenerle por presente en todas las sesiones que celebre.»

Esta noticia y el rasgo de deferencia que contiene para el eminente literato, me han recordado á mí á otro inválido, á otro literato cuasi murciano, á quien tiene también retirado de la vida literaria un achaque de la edad.

Este literato es D. Zacarías Acosta.

Entre los que tenemos aficiones literarias en esta ciudad, no es posible oír el nombre de Hartzenbusch, sin recordar el de D. Zacarías, que así, y antonomásticamente, le llamamos.

Uno y otro son para nosotros respetables; son los nombres de dos maestros.

Yo he seguido letra por letra la polémica que han sostenido sobre las notas del *Quijote*; he admirado á D. Zacarías, incansable en sus *demonstraciones críticas*, las cuales han aparecido, periódica é invariablemente, lentas, razonadas, pausadas, humorísticas unas, eruditas otras,

graciosas las más, y fundadas casi todas: y he contemplado también al señor Hartzenbusch leyéndolas, en la Biblioteca Nacional, unas veces sonriente, otras irritado, y siempre sorprendido.

La polémica ha sido levantada é instructiva, tanto que no han podido empuñarla ni las injustas rabietas del autor de *Los Amantes de Teruel*, ni la obstinada intransigencia del cantor de *La Guerra de Africa*.

Como D. Juan Eugenio residía en Madrid, y D. Zacarías en su cátedra del Instituto de Murcia, á pesar de ser los dos viejos, y del *genus irritabile vatum*, no se han arrancado los cabellos blancos que ciñen sus cabezas.

Pasado el calor de la disputa, es menester ver cómo han salido de la contienda.

Si D. Juan Eugenio no puede andar, D. Zacarías no puede moverse.

Sentado en un sillón, con las muletas al lado, está viviendo á costa de su ingenio, que hace increíbles esfuerzos para espantar la desesperación, que parece revolotea al rededor de su postrado cuerpo.

D. Zacarías, atado por el reuma á una silla, sin poder mover más que las manos, ni asistir á las *Reuniones Literarias*, de que es digno Presidente; maestro sin discípulos, abandonado de las musas, que al cabo son mugeres y parece huyen de los años y de los achaques, no ha perdido nada de su feliz ingenio, y está todavía con la mano izquierda puesta sobre el *Iugenioso Hidalgo*, y empuñada en la derecha su muleta, mirando hacia Don Juan Eugenio y diciéndole con valiente voz: *Nolli me tanjere*.

Y debo decir, ahora que la ocasión se

